

Dossier | El marxismo hoy

Qué vive y qué ha muerto en la Teoría Marxista de la Historia

Vivek Chibber

Introducción

El debate sobre el Materialismo Histórico es un área en la cual, por más de un cuarto de siglo, los protagonistas se han esforzado por discutir con claridad y siguiendo escrupulosamente el hilo argumental de unos y otros. Gran parte del reconocimiento por introducir esta cultura en los debates marxistas debe concedérselo a Gerald Allan Cohen, cuyo libro **La Teoría de la Historia de Karl Marx: una defensa**, casi por sí solo elevó la calidad de los argumentos sobre el tema.¹ El libro de Cohen se distinguió por resucitar la versión canónica del materialismo histórico, que señalaba a las fuerzas productivas humanas como el motor que impulsa a la historia.

Por más de cinco décadas, el materialismo histórico canónico fue visto como la interpretación natural de las bastante elusivas afirmaciones de Marx respecto de si tenía o no una teoría distintiva del desarrollo histórico. Fue sólo en los años sesenta, en parte bajo la influencia del maoísmo, en parte en celebración de los recientes movimientos anti-coloniales, que esta teoría fue puesta bajo ataque, no sólo por la izquierda mayoritaria sino también por la Nueva Izquierda. El materialismo histórico tecnológicamente determinista ahora se enfrentaba a una versión que elevaba a la lucha de clases a una posición de primacía.

Los teóricos que ganaron popularidad dentro de la Nueva Izquierda —Althusser, Gramsci, Habermas, entre otros— constantemente minimizaron la importancia de las fuerzas productivas, y levantaron la importancia de las clases y la lucha de clases, como corazón del materialismo histórico. La versión del materialismo histórico centrada en la lucha de clases recibió su propio envión, primordialmente a través de la obra del historiador Robert Brenner, quien lanzó un directo desafío a Cohen y al determinismo tecnológico, argu-

mentando no sólo que esa teoría era defectuosa, sino que puede haber sido una teoría a la que el Marx tardío no habría adherido.²

Así, hacia finales de los años ochenta, los debates sobre la teoría de la historia comenzaron a aglutinarse en torno a dos polos: el materialismo histórico canónico y la versión de la lucha de clases, cada uno de los cuales podía reclamar algún grado de fidelidad a los dispersos comentarios de Marx sobre el tema, y cada uno de los cuales estaba fundamentado en argumentos cuidadosamente elaborados.

En este ensayo me propongo examinar los intentos más recientes para salir de bloqueo mutuo entre las diferentes versiones del materialismo histórico; los intentos en cuestión son los de Alan Carling y los del equipo formado por Erik Wright, Andrew Levine y Elliott Sober.³ Lo que vuelve interesantes a estos dos trabajos es que reconocen a Brenner y a Cohen como los dos modelos contendientes del materialismo histórico, y ambos despliegan argumentos que están localizados en el debate Cohen-Brenner, ya sea explícitamente (Carling), o implícitamente (Wright, Levine y Sober). Ambos trabajos reconocen los desafíos planteados por Brenner a la versión canónica del materialismo histórico, y se empeñan en modificar esta versión para volverla inmune a las críticas de marras. Pero aunque estos intentos de rescate alcanzan inicialmente algún grado de éxito, al final fallan en una de dos formas: o bien simplemente no llegan a convencer, o bien terminan debilitando las afirmaciones de la teoría en tal medida que ésta pierde su sabor distintivamente marxista. Y esto constituye un veredicto a favor de la versión alternativa del materialismo histórico, basada en la lucha de clases o en las relaciones de propiedad.

¹ Cohen, 1978.

² Sobre lo primero, ver Brenner, 1986, y sobre lo último, ver Brenner, 1989.

³ Los trabajos relevantes son Carling, 1991; Carling, 1993; Wright, Levine y Sober 1993.

Los dos componentes del materialismo histórico

El hecho de que las dos interpretaciones del materialismo histórico se aglutinen alrededor de las relaciones de propiedad y del carácter propulsor de las fuerzas productivas no es casual. Al hacerlo, se basan en dos diferentes componentes de la teoría misma. La teoría marxista de la historia, de hecho, contiene dos sub-teorías analíticamente distintas: una de ellas es una teoría de las *formas sociales*, y la otra es una teoría de las *transiciones* de una forma social a la otra. La primera está fundamentalmente ocupada en individualizar diferentes tipos de sistemas sociales o modos de producción; la última tiene como objeto los mecanismos por medio de los cuales la historia se desplaza *a través* de los modos de producción. La teoría de las formas sociales es vista, comprensiblemente, como una suerte de sirviente de su prima más ilustre: sirve para identificar los tipos societales individuales que han poblado el registro histórico, analiza sus dinámicas internas y, finalmente, identifica su secuencia. Una vez que este trabajo preparatorio está terminado, entra en escena la teoría de las transiciones históricas para proporcionar una explicación de la secuencia general de los modos de producción que han sido identificados. Está encargada fundamentalmente de explicar los mecanismos que entran en juego una vez que un modo de producción se precipita hacia su crisis final y que, por lo tanto, rigen la consolidación del nuevo modo.

La teoría de las formas sociales

Los marxistas insisten en que la historia puede ser dividida en períodos discretos, o épocas, y que cada época tiene su propia dinámica económica distintiva, o “leyes de movimiento”. Los mecanismos que generan estas diferentes dinámicas, y que sirven para distinguir a una época respecto de la otra, son el conjunto de relaciones de propiedad —relaciones de producción— prevalecientes en un momento dado. Las relaciones de propiedad también forman el basamento de las relaciones de clase.

La micro-dinámica de las relaciones de producción Al nivel micro, las relaciones de producción establecen aquello que Brenner ha llamado “reglas de reproducción” para los agentes individuales. Esto es así en virtud del hecho de que, por definición, las relaciones de propiedad gobiernan la distribución de los bienes productivos en un orden social. Los bienes poseídos por los agentes sociales determinan las estrategias abiertas a ellos para su reproducción individual. Como lo señala concisamente Erik Wright: “lo que tienes determina lo que tienes que hacer” para ganarte la vida.⁴ Esta es una afirmación estructural muy poderosa; a saber: que es posible predecir, aunque sea a un nivel bastante general, las elecciones reproductivas hechas por los agentes, en base a los bienes a su disposición. Un productor rural con derechos seguros sobre su tierra probablemente adoptará una estrategia eco-

nómica muy distinta a la de un productor que ha sido privado de tales derechos, y así sucesivamente.

Las relaciones de propiedad no generan automáticamente relaciones de clase. Lo hacen sólo cuando *desigualmente* asignan poder sobre los bienes, de modo que un grupo de agentes puede hacer valer reclamos sobre las actividades productivas de otro. Cuando el primer grupo puede, de hecho, vivir de las demandas que hace sobre el trabajo del otro, los marxistas consideran que esto es una relación de explotación y, por lo tanto, una relación de clase. El hecho de que los bienes productivos están distribuidos desigualmente significa que una clase *puede* explotar a la otra; la *enumeración* precisa de tales derechos determina *cómo* una clase explota a la otra. Así, por ejemplo, el hecho de que en el feudalismo los señores rurales disfrutaban de derechos superiores, aunque no absolutos, sobre sus tierras significa que pueden reclamar algo del trabajo de sus campesinos [*tenants*] como renta; pero como sus reclamos no son absolutos, y como los campesinos también tienen derechos parciales sobre la tierra en virtud de la costumbre, los señores deben blandir la amenaza de la fuerza física para efectivizar sus reclamos. Esto contrasta con los derechos de los propietarios rurales en el capitalismo, que gozan de derechos exclusivos sobre la tierra; en este caso, las amenazas físicas resultan superfluas como medio para reclamar la renta, ya que la expulsión de los campesinos se convierte en una opción mucho más realista. La “renta” es, por lo tanto, común al feudalismo y al capitalismo, pero se extrae a través de mecanismos muy diferentes en cada sistema. Un tipo particular de estructura de clase genera un correspondiente régimen de explotación.

Cuando el acceso a los recursos productivos está distribuido desigualmente, esto no sólo fija a los agentes en una relación interdependiente y de explotación, sino que, al hacerlo, asegura que la relación sea fundamentalmente conflictiva. El ejercicio de los derechos de propiedad siempre trae consigo algún tipo de dominación política, ya sea en el punto de producción, o a un nivel institucional, donde los derechos de propiedad están asegurados. Esta dominación —la usurpación forzada de parte del producto social— a su turno genera resistencia por parte de las clases productoras. Esto, a su vez, requiere que las clases dominantes aseguren su dominación política sobre los productores como una precondition para la explotación de estos últimos, colocando así a los grupos en un conflicto permanente. Aunque los marxistas han demorado en reconocerlo, la teoría de las formas sociales está comprometida con alguna forma de antropología filosófica —una descripción mínima de la naturaleza humana— que debe incluir el supuesto de que los agentes tienen un interés en la autonomía. Sin el compromiso con la autonomía como un impulso humano básico, es imposible justificar la idea —a la cual los marxistas están muy apegados— de que la explotación necesariamente genera resistencia y, a través de ella, lucha de clases.

La lucha de clases desempeña un rol dual en la teoría de la historia. Por un lado, forma un eje fundamental del conflicto político en cualquier formación social. Por otro lado, constituye el medio por el cual las sociedades se desplazan de un conjunto de rela-

⁴ Wright, 2005

ciones de propiedad a otro; es el mecanismo que impulsa a la historia hacia adelante. Esto no debería causar sorpresa. La lucha de clases tiene que ver con los términos en que los actores se aseguran acceso a los medios de producción: el afianzamiento de sus derechos de propiedad, la intensidad y el nivel de explotación, etc. Un corolario natural de todo esto es que tales luchas también deberían conducir a cambios en el marco básico de propiedad. Los marxistas han insistido en esto durante todo el siglo pasado. La contribución de Brenner reside en haber argumentado, correctamente a mi entender, que hasta el advenimiento del capitalismo todas las transiciones previas han sido *consecuencias no deseadas* de la defensa de los derechos de propiedad *existentes*. Las transiciones, a su turno, han sido catalizadas por profundas crisis económicas durante las cuales los medios normales de extracción de excedente se rompen, aumentando súbitamente el nivel de conflicto entre productores y gobernantes. La resolución de la crisis —el resurgimiento de una estable extracción de excedente— no necesita traducirse en la forma de nuevas relaciones de propiedad, pero crea una ventana para que tales cambios epocales ocurran. Si ocurren o no es un resultado contingente de la lucha de clases.

La teoría de las transiciones

La teoría de las formas sociales efectúa algunas afirmaciones bastante fuertes sobre la dinámica interna de una época histórica, y sobre el mecanismo por medio del cual nuevas formas sociales emergen. Lo que tiene para decir sobre las transiciones desde una formación social a otra, sin embargo, es básicamente formal: que serán generadas por la lucha de clases. Tiene muy poco para decir acerca de las características sustantivas de la transición, y especialmente acerca de la nueva forma social. El aspecto y los elementos estructurales de la nueva formación dependen de qué clase finalmente asegura su hegemonía luego de una crisis sistémica. Por lo tanto, la secuencia real de las formas sociales no puede predecirse sobre la base de esta teoría solamente, ya que la misma enfatiza las contingencias de la lucha de clases.

En esta fase entra en escena la teoría de las transiciones. Este componente del materialismo histórico está orientado específicamente al momento de la transición desde un modo de producción a otro. Su principal función es estipular un conjunto de condiciones que *restringen* la transición hacia un nuevo modo de producción. Según esta teoría, cualquiera que sea el conjunto de relaciones de producción que emerja como la nueva forma dominante —cualquiera que sea la clase que establezca su predominio— debe exhibir ciertas características. De hecho, de acuerdo con la teoría tradicional, la clase sucesora en realidad sólo estaría restringida por una característica particular: debe ser una clase capaz de garantizar el continuo desarrollo de las fuerzas productivas. En cualquier coyuntura histórica, esto reduce drásticamente el rango de candidatos que pueden suceder a una formación social abrumada por la crisis. Cuán estrechos sean concebidos estos límites es algo que depende de qué tan estrictamente se entienda que operan las condiciones determinantes; es decir, de cuán fuertemente sea interpretada la teoría. En su forma más débil, la teoría simplemente pre-

dice que el nuevo modo de producción *preservará* el nivel de desarrollo promovido por el anterior; en su forma más fuerte, insiste en que la clase que establece su dominio será la adecuada para *el más rápido* desarrollo de las fuerzas productivas. El debate sobre el materialismo histórico versa básicamente acerca de lo fuerte que es la afirmación que la teoría puede defender.

En el transcurso del siglo XX, el término “materialismo histórico” ha abarcado, a grandes rasgos, a las dos teorías recién bosquejadas. Para la mayoría de los marxistas de la Segunda Internacional y posteriores, había una división del trabajo básica entre los dos componentes. La teoría de las formas sociales estaba primordialmente ocupada en individualizar diferentes tipos de sistemas sociales o modos de producción: identificaría sus relaciones de producción distintivas, mostraría las “leyes del movimiento” y las formas de lucha de clases específicas a cada tipo, y la manera en que la lucha entre clases conducía a la muerte de un orden social y al surgimiento del siguiente. La teoría de las transiciones servía para explicar por qué el tránsito a través de los modos de producción no es arbitrario, en un sentido muy específico: el modo de producción que reemplaza al anterior no está simplemente determinado por los caprichos de la lucha de clases, sino que está restringido por los requerimientos funcionales de las fuerzas productivas. Estas restricciones son lo que imparten una cierta lógica al derrotero de la historia. No es tan simple como que la historia es impulsada hacia adelante por las contingencias de la lucha de clases. La propia resolución de los conflictos de clases en ciertas coyunturas clave —esto es, cuando las formaciones sociales se hunden en la crisis— está gobernada por las demandas de las fuerzas productivas. La clase vencedora, la que establece su dominio, será la que se ajuste a estas demandas. Se sigue que las clases que en efecto *ganaron* en momentos clave *eran* las más adecuadas para esa tarea. Y esto significa, finalmente, que hay un determinismo bastante fuerte con respecto a la trayectoria de la historia humana. Si fuese a ser “repetida” [*re-played*] desde algún punto de partida inicial, el sendero de desarrollo observado sería relevantemente similar, quizá incluso idéntico, al seguido en esta iteración particular. La historia está, en este sentido, gobernada por leyes.⁵

Lo que está en juego

Ahora podemos apreciar lo que está en juego en el debate que rodea al materialismo histórico. El asunto central parecería ser: ¿cuál de los dos componentes del materialismo histórico debería portar la carga explicativa primaria?, ¿la teoría de las formas sociales o la teoría de las transiciones? Esto, a su vez, parecería depender justamente de cuán estrechas son las restricciones impuestas por las fuerzas productivas sobre las nuevas relacio-

⁵ No quiero que esto sea tomado como una invitación a debatir acerca de las leyes en el desarrollo histórico. Simplemente he tratado de explicar aquello que los marxistas quieren decir cuando dicen que existen tales “leyes”.

nes de producción. Mientras más fuertes sean las restricciones, menor será el rol de la lucha de clases para explicar el movimiento desde una época histórica hacia la otra.

En su versión más dura, la teoría de las transiciones insiste en que las demandas funcionales de las fuerzas productivas son tan fuertes que, cuando los modos de producción se precipitan en las crisis, el rango de posibles relaciones de producción sucesoras puede ser reducido hasta sólo una: el conjunto que resulta capaz de garantizar el máximo desarrollo de las fuerzas productivas. Como veremos, esta parece ser la interpretación ofrecida por Cohen. Según el materialismo histórico estrictamente canónico de Cohen, una vez que el conjunto de relaciones de producción "A" se hunde en su crisis final, los candidatos a relaciones de producción sucesoras se reducen a sólo uno: el conjunto "B", ya que este es el que está mejor adaptado para el futuro desarrollo de las fuerzas productivas. La lucha de clases es el mecanismo que hace que ocurra la transición hacia "B", pero el hecho de que "B" haya sucedido a "A" estaba, en un sentido, inscripto en el sistema. La explicación sobre por qué el modo de producción "B" sigue al modo "A" no necesita hacer ninguna referencia a los *detalles* concernientes a la lucha de clases. La explicación de por qué "B" —y no los conjuntos de relaciones de producción "C" o "D"— siguió a "A" tiene que ver con los efectos virtuosos de B para las fuerzas productivas. Nótese que, en esta versión del materialismo histórico, cada uno de los dos componentes hace su trabajo en una dimensión distinta: la teoría de las formas sociales explica la dinámica *dentro* de una forma social, mientras que la teoría de la transición explica el movimiento *desde* una forma social hacia otra. Consideremos ahora las consecuencias si hacemos que las restricciones sean menos estrictas. Una versión más débil de la teoría de la transición diría que las relaciones de producción capaces de reemplazar a las que están sumidas en la crisis no son necesariamente aquellas que resultan ser las *mejores* para el futuro desarrollo de las fuerzas productivas, sino simplemente aquellas que son *adecuadas* al *actual* desarrollo de las fuerzas productivas, incluso si lo son a un nivel menor al máximo. Así, las relaciones de producción potencialmente sucesoras en coyunturas históricas particulares se expanden de un único conjunto a varios conjuntos posibles. Nótese cómo esto afecta a la carga soportada por cada componente del materialismo histórico. Supongamos que nos interesa explicar la transición desde la forma social "A" hasta la forma social "B", tal como lo hicimos en el párrafo anterior. En la versión más demandante de la teoría de la transición, también tal como se delineó en el párrafo previo, el hecho de que "B" siguiera a "A" estaba inscripto en el sistema, ya que "B" era de hecho el conjunto de relaciones de producción más apropiado para el futuro desarrollo de las fuerzas productivas. Pero si abandonamos este supuesto, el potencial sucesor de "A" se amplía hasta incluir no sólo a "B", sino también a "C" y a "D", si los dos últimos también promoverían el continuo desarrollo de las fuerzas productivas, incluso si lo hicieran a tasas más bajas que aquellas logradas por "B". Ahora bien, la lucha de clases comienza a asomar ampliamente como una explicación sobre cuál de los conjuntos de relaciones de producción toma el lugar de "A" después de la muerte de este último. En esta versión menos

demandante de la teoría de las transiciones el conjunto de relaciones de producción que termina sucediendo a "A" *dependerá* de los *hechos* de la lucha de clases. Podría ser el conjunto "B", pero, dependiendo de qué clases estén mejor organizadas y consigan ganarse el apoyo de las otras clases, también podría resultar que sea el conjunto "C" o "D". Los requerimientos funcionales de las fuerzas productivas ahora sólo explican *el rango* de potenciales relaciones de producción que pueden suceder a "A"; aquella que *realmente* sucede a "A" desde adentro de este rango debe ser explicada por la lucha de clases. El trabajo explicativo de la lucha de clases —y, por ende, de la teoría de las formas sociales— se ha expandido dramáticamente.

A medida que se debilitan las restricciones que la teoría de la transición coloca sobre el proceso de transición, el peso explicativo de la teoría de las formas sociales crece de manera proporcional. Cuanto más se reduzcan las demandas que las fuerzas productivas ejercen sobre las relaciones de producción sucesoras, más dependerá la explicación de cuáles relaciones de producción reemplazan efectivamente a las que están declinando de las alternativas de la lucha de clases, y menos de la relación "legaliforme" [*law-like*] entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. El rango de "futuros" posibles en cualquier punto nodal, que marca el cambio desde una forma social a otra, se incrementa en forma drástica; esto significa, de manera crucial, que el poder del materialismo histórico como teoría sobre la *generalidad* del registro histórico también se debilita. Puede explicar por qué la historia humana resultó del modo que resultó, *post hoc*; pero no puede formular un argumento fuerte en cuanto a que *debía* tomar el curso que en realidad tomó. Si los movimientos de clase y la dinámica organizacional hubiesen sido diferentes, la secuencia de las formaciones sociales también podría haber sido diferente, y por lo tanto, sobre esta base, también la trayectoria general de la historia.

Estas son las implicancias para el materialismo histórico si los argumentos en apoyo de una teoría de la transición fuerte no pueden hallar una justificación segura. El punto crítico, entonces, consiste en examinar si hay alguna razón para creer que los requerimientos funcionales de las fuerzas productivas pueden ejercer fuertes restricciones sobre la emergencia de nuevas relaciones de producción, a medida que la historia se mueve hacia adelante. En lo que sigue, examinaremos qué argumentos, en efecto, han sido propuestos —por Cohen, Carling, y Wright, Levine y Sober— para apuntalar la versión canónica del materialismo histórico, la cual reclama que las fuerzas productivas de hecho ejerzan tal poder. Cohen y Carling tratan de apuntalar la versión más ambiciosa del argumento, en la cual las restricciones de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción alcanzan sus exigencias más estrechas. Wright, Levine y Sober, reconociendo las dificultades de estos argumentos, responden debilitando las afirmaciones y presentando un materialismo histórico que contiene una teoría de las transiciones menos ambiciosa. Mostraré que Wright, Levine y Sober tienen razón en su pesimismo acerca de la maniobra de Cohen; ni él, ni Carling pueden articular un argumento convincente en favor de la plausibilidad

del materialismo histórico canónico. Pero el remedio buscado por Wright, Levine y Sober tiene un costo. Su versión menos ambiciosa del materialismo histórico es ciertamente más plausible, pero es una versión en la cual el peso explicativo se aleja marcadamente de la teoría de la transición hacia la teoría de las formas sociales. Por lo tanto, aunque publicitan sus argumentos como una versión defendible del materialismo histórico canónico, en realidad es una versión que no puede sino recostar su peso sobre la teoría de las formas sociales, y no sobre la teoría de la transición. De este modo, lejos de refrendar al materialismo histórico canónico, sus escritos hacen emerger una concepción teórica *alternativa*. Lo que nos queda, para todo propósito *práctico*, es una versión que hace hincapié en el papel prominente de la “lucha de clases” en la historia.

El materialismo histórico canónico de Cohen

La rigurosa presentación de un materialismo histórico canónico por parte de G.A. Cohen ha generado una auténtica avalancha de respuestas. La mayor parte de ellas han cuestionado la defensa de la teoría tal como él la desarrolla, y lo han hecho muy convincentemente. Por lo tanto, voy a describir su argumento de manera resumida, y a exponer rápidamente sus debilidades, ya que aquí no digo nada que sea especialmente novedoso. El sentido de esta sección es el de un ejercicio para despejar el camino, con la intención de echar los cientos para el núcleo del ensayo; esto es, un examen de los intentos de Carling y Wright, Levine y Sober de salvar a la teoría.

A Cohen debe dársele el crédito de haber enunciado, más claramente que nadie antes que él, lo que implica precisamente el materialismo histórico canónico. De manera convencional, la teoría ha sido descripta como compuesta por las dos siguientes tesis:

(i) La tesis del desarrollo: las fuerzas productivas tienen una tendencia autónoma a desarrollarse a lo largo de la historia.

La capacidad de desarrollarse de este modo sugiere un cierto poder que no sólo es independiente de las estructuras y circunstancias sociales, sino que está *por sobre* ellas. Tal como argumenta Cohen, el poder independiente de las fuerzas productivas parece estar sostenido por el hecho de que el cambio social rara vez involucra una regresión en el nivel del poder productivo social. De hecho, parece que las estructuras sociales conectadas a la producción tienden, en general, a ser propicias para un mayor desarrollo de las fuerzas productivas. De esto, sugiere Cohen, podemos arriesgar una afirmación adicional y más fuerte, a saber:

(ii) La tesis de primacía: la naturaleza de las relaciones de producción en una sociedad es explicada por el nivel de sus fuerzas productivas.

En la interpretación de Cohen, esta afirmación involucra un compromiso con la presencia de una relación funcional entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción: las últimas son seleccionadas sobre la base de su funcionalidad para el mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Ahora bien, antes de seguir

con la discusión de las vicisitudes de esta teoría, debemos notar que la tesis de primacía, tal como la enuncia Cohen, merece una ampliación. Así como está, la teoría de Cohen afirma que las relaciones de producción que emergen en la transición hacia un nuevo modo de producción serán propicias para el mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Pero puede haber, en cualquier momento, una variedad de relaciones de producción que son capaces de tal función. No es suficiente que las fuerzas productivas seleccionen, sin mayor especificación, cualquiera de estas relaciones de producción rivales. Como señalan Wright, Levine y Sober, sería irracional para los actores sociales, en base a los supuestos de Cohen, elegir relaciones de producción que sean menos que óptimas para el mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Más aun, Cohen insiste en que las fuerzas productivas explican las relaciones de producciones *reales* en un modo de producción. Si el mecanismo de selección no fuera optimizador, todo lo que podría explicar es que las relaciones de producción seleccionadas no constituyen frenos para las fuerzas productivas; en otras palabras, todo lo que podría decirse con confianza es que las fuerzas productivas seleccionan cualesquiera relaciones de producción que no ponen frenos adicionales a las fuerzas productivas. La teoría no podría explicar por qué este conjunto de relaciones de producción fue seleccionado de hecho, que es en realidad lo que debería hacer.⁶ Por lo tanto, tenemos que añadir un tercer componente a la teoría:

(iii) La tesis de optimalidad: las relaciones de producción seleccionadas por las fuerzas productivas son las óptimas para mayor desarrollo de estas últimas.

Por consiguiente, el materialismo histórico canónico afirma que las relaciones de producción, en cualquier modo de producción, perduran porque son óptimas para el mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Ahora bien, de aquí se sigue que para que este argumento tenga poder, no es suficiente observar que las relaciones de producción que surgen con respecto a un nuevo modo de producción son las mejores en el sentido recién especificado; debe mostrarse también que fueron seleccionadas *porque* eran óptimas, y no como resultado de una feliz coincidencia. Esto exige que los devotos del materialismo histórico canónico aduzcan un mecanismo capaz de este tipo de discriminación. Requiere la presencia de algún factor que sirva para tamizar al conjunto existente de posibles relaciones de producción y seleccione al más adecuado para fomentar el desarrollo de los poderes productivos de la sociedad. En ausencia de tal mecanismo, el materialismo histórico no tendría una teoría de la historia. Tendría solamente un modo de clasificar el derrotero que la historia ha tomado. Sólo podría señalar que la historia *se ha* desarrollado de este modo, y no que *tenía que* haberse desarrollado así. Es comprensible que el debate sobre el materialismo histórico canónico, desde la publicación del libro de Cohen, se haya enfocado en gran medida en la plausibilidad de este supuesto.

⁶ Ver Cohen, 1978: 170–1. La importancia de este punto fue apreciada por primera vez por Wright y Levine, 1980, y se amplía en Wright, Levine y Sober 1993: 31–2.



La selección de un organismo o institución por su funcionalidad puede depender de dos tipos amplios de mecanismos: uno intencional, y uno —por así llamarlo— darwiniano. El primero depende de la posibilidad de una selección consciente hecha en base a los efectos benéficos que el organismo o institución en cuestión habrá de producir; el otro se sustenta en la eficacia de un circuito de retroalimentación que conecta los efectos del organismo o la institución con las posibilidades para su reproducción, de modo que sólo sobrevivan en el tiempo aquellas instituciones u organismos que posean los apropiados atributos generadores de efectos benéficos. Los mecanismos intencionales pueden, a su turno, dividirse en dos tipos: uno conspirativo, en el cual los actores seleccionan instituciones por medio de algún tipo de deliberación colectiva, y uno no-conspirativo, en el cual las decisiones son tomadas individualmente y se agregan en un patrón social. Algunas caricaturas del marxismo clásico a veces han presentado la transición al socialismo como la selección de nuevas fuerzas productivas por medio de una especie de conspiración de la clase trabajadora; una versión del primer tipo de explicación intencional. Pero mientras esto puede tener un grano de plausibilidad como pronóstico del conflicto dentro del capitalismo, parece salvajemente extravagante como un modelo general de las transiciones epocales. Los mecanismos no-conspirativos, a diferencia de sus contrapartes, usualmente adoptan la forma de algún tipo de explicación estructural y, por lo tanto, son más plausibles. Los actores son vistos como poseedores de un conjunto de preferencias, y las instituciones son seleccionadas por ellos en la medida en que coinciden con el ordenamiento de tales preferencias. En este caso, se trataría de la preferencia por instituciones que incrementan de manera óptima la productividad del trabajo.

Cohen ofrece un materialismo histórico que depende de un mecanismo intencional no-conspirativo.⁷ En otras palabras, él sugiere que las nuevas relaciones de producción son seleccionadas por agentes sociales sobre la base de su capacidad de aumentar la productividad, y que las elecciones son realizadas individualmente. Lo que resulta implausible en esta teoría no es que sea imposible imaginar agentes sociales que buscan seleccionar relaciones sociales mientras utilizan este tipo de cálculo. Lo que la hace difícil de aceptar, como han señalado los críticos, es la presunción de que dichos agentes *serán capaces* de hacerlo de la manera especificada. Esto es así porque no hay garantía para presumir que a los agentes alguna vez les será presentado un menú de opciones en la manera requerida por la teoría de Cohen, permitiéndoles, no simplemente elegir entre sus ítems, sino también rechazar una opción a favor de otra. En otras palabras, los agentes tienen que ser conscientes, no sólo de la *posibilidad* de relaciones de producción alternativas, sino también de su *disponibilidad*, y no hay ninguna razón para suponer que tal será el caso. Además, una vez que un conjunto es adoptado, tenderá a generar intereses en su defensa, sobre otros fundamentos, que no son los de la maximización de productividad; por ejemplo, sus efectos sobre el poder de clase. Se sigue que, por ende, los agentes

se organizarán en defensa de relaciones de producción menos productivas, y es dudoso que, dada la probable oposición, el poder necesario pueda ser reunido constantemente para abandonar un conjunto recién elegido a favor de otro conjunto que, de repente, aparece como un candidato más atractivo.⁸

La versión canónica del materialismo histórico de Cohen, entonces, parece flaquear, incapaz de soportar el peso de la tesis de optimalidad. Frente a esto, hay dos medios para salvar al materialismo histórico en su forma canónica. Primero, podríamos tratar de aducir otro tipo de mecanismo capaz de sustentar el carácter funcional de las relaciones de producción y así preservar la teoría en su forma actual; segundo, podríamos diluir las afirmaciones de la teoría, de modo de volverla más plausible, pero también de preservar su núcleo más reconocido. El trabajo de Alan Carling representa un esfuerzo en el primer tipo de empresa, mientras que Wright, Levine y Sober presentan una teoría que pretende lograr lo segundo, defendiendo una interpretación más débil de la tesis sobre la direccionalidad. De estos esfuerzos nos ocuparemos ahora.

La síntesis de Carling

Alan Carling ha presentado su versión del materialismo histórico como aquella que no sólo preserva la afirmación acerca de la primacía de las fuerzas productivas, sino que también constituye una síntesis de Brenner y de Cohen. De tener éxito, este esfuerzo podría legítimamente reclamar el haber inaugurado la siguiente etapa en la agenda de investigación marxista, como así también el haber puesto fin a uno de los debates más importantes en los años recientes. El argumento de Carling procede en dos pasos: primero, provee una teoría de los *orígenes* capitalistas que, según se nos informa, une sin costuras el materialismo histórico de Cohen con el de Brenner; en segundo lugar, ofrece una teoría de la *expansión* del capitalismo, la cual se erige, precisamente, sobre la presencia del mecanismo selectivo que Cohen no pudo aducir y, por ende, resucita al materialismo histórico canónico.⁹

En la explicación de Brenner sobre el surgimiento del capitalismo, su emergencia en Inglaterra, como así también su no-emergencia en Francia y Europa del Este, es atribuida a las divergentes respuestas a la Peste Negra, las cuales, a su vez, fueron explicadas por las diferentes capacidades de clase de los señores en las diferentes regiones. Mientras que la clase señorial francesa fue incapaz de revertir los derechos de propiedad sobre la tierra de los campesinos, su contraparte al Este del Elba resultó capaz de introducir una nueva servidumbre sobre los productores-campesinos. Sólo en Inglaterra el patrón medieval de crecimiento económico fue quebrado por el surgimiento de nuevas relaciones sociales y de propiedad, y ese quiebre, argumenta Brenner, se debió a una configuración de fuerzas única en la región:

⁸ Ver Carling, 1993: 39–40.

⁹ Ambos argumentos pueden hallarse en Carling, 1993, aunque la síntesis de Brenner y de Cohen está completamente desarrollada en Carling, 1991.

⁷ Cohen 1988: 89–92.

mientras los señores no pudieron imponer una nueva servidumbre como sus contrapartes de Alemania del Este, sí se mostraron capaces de prevenir el tipo de ganancias sobre la tierra hechas por los campesinos franceses, gracias al legado histórico del villanaje. Así, los campesinos ingleses pudieron escapar a la servidumbre de sus contrapartes de Europa del Este, pero, en contrapartida resultaron incapaces de obstruir la profundización de derechos señoriales sobre la tierra, lo cual culminó en la emergencia de derechos de propiedad completos y, por ende, en el capitalismo. La ruptura inglesa es, de este modo, atribuida al hecho de que su clase señorial era más fuerte que la francesa pero más débil que la alemana; pudo prevenir el surgimiento de un campesinado libre, pero fue incapaz de empujar a sus productores a la servidumbre generalizada.

Carling sostiene que podemos conceptualizar los tres casos como modelos, por así llamarlos, o formas del poder feudal: un modelo “francés”, uno “polaco” y uno “inglés”. Cada uno representa una forma institucional diferente de feudalismo, con sus correspondientes constelaciones de poder y sistemas de organizar la extracción de excedentes. Se asumen dos condiciones de trasfondo: primero, que en cualquier región signada por diferentes formas de feudalismo, tal como los modelos recién mencionados, hay una perdurable descentralización política que asegura una correspondiente permanencia de las distintas variantes de las formas feudales; segundo, que la región está sometida al recurrente ciclo de explosiones y declinaciones demográficas que caracterizaron al desarrollo medieval europeo. Cada período de colapso demográfico también debilita las estructuras de propiedad existentes y por ende crea la oportunidad para una transmutación en las relaciones de propiedad, o de *tipos* dentro de esas relaciones. En una región marcada por formas feudales heterogéneas, sostiene Carling, el colapso ocasionado por el ciclo demográfico y la lucha de clases por el re-establecimiento del control señorial permite un rango de posibles resoluciones, desde la preservación de las formas existentes hasta la transición de una de ellas a un nuevo modo de producción, pasando por cambios en la prevalencia de algunas formas sobre otras. Entre las tres, argumenta Carling, la variante “inglesa” del feudalismo es la más propicia para una eventual transmutación al capitalismo.

En la medida en que haya un feudalismo “inglés” entre las variantes, y mientras el ciclo demográfico continúe, habrá, en algún momento, un avance desde la forma Inglesa del feudalismo hacia el capitalismo. Una vez que esta transición inicial es exitosa, entra en acción el segundo componente de la teoría de Carling. Recuérdese que la debilidad de la teoría de Cohen reside en que es incapaz de inspirar confianza en la existencia de algún mecanismo que selecciona a las relaciones de producción óptimas para el desarrollo de las fuerzas productivas. Carling ahora argumenta que es posible imaginar la presencia de un mecanismo darwiniano que selecciona al tipo de relaciones de producción que el materialismo histórico canónico requiere. Y este mecanismo es la competencia inter-societal. Según parece, esta competencia puede adoptar dos formas: una directamente económica, tal como ocurre cuando el capitalismo penetra en regiones pre-capitalistas por medio del comercio o la inversión directa; o, más directamente, bajo la modalidad de un

enfrentamiento militar. Las sociedades con mayor eficiencia productiva tienen más éxito en movilizar recursos para la guerra y, por lo tanto, a la larga, son más aptas para disfrutar del éxito militar sobre sociedades rivales y menos productivas. Carling es un tanto opaco sobre este asunto, pero, presumiblemente, la conquista debe ser seguida por una forzosa imposición de las relaciones de producción de los vencedores, que alteran el viejo régimen de una manera más favorable para el crecimiento. El avance de las fuerzas productivas continúa entonces, en esta teoría, por medio de la competencia entre sociedades dotadas de diferentes tipos de relaciones de producción.

[Sin embargo], Carling parece consciente, dolorosamente, de que la teoría de la selección competitiva que él ofrece corre el peligro de ser sepultada bajo una montaña de salvedades. “Tal vez”, admite, “todo lo que pueda decirse es que la historia exhibe un sesgo impuesto por la primacía competitiva; un sesgo más débil que una tendencia pero considerablemente más fuerte que nada en absoluto”.¹⁰ Quizás, pero esto parecería muy lejano al materialismo histórico canónico que Cohen ha resucitado y que Carling tan admirablemente trata de defender.

El materialismo histórico reconstruido de Wright, Levine y Sober

Si las fuerzas productivas no son exitosas en seleccionar las relaciones de producción óptimas para un continuo desarrollo de las fuerzas productivas, ¿debe entonces ser descartado, también, el compromiso marxista con una teoría del desarrollo histórico? En una serie de artículos posteriormente compilados en un libro, Erik Wright, Andrew Levine y Elliott Sober argumentan valientemente que en realidad no es así. El materialismo histórico en su forma más fuerte, como se encarna en la tesis de optimalidad, puede no ser defendible; sin embargo, un materialismo histórico más matizado y concesivo puede retener el núcleo de lo que el materialismo histórico canónico trata de defender, mientras descarta su equipaje más embarazoso. Wright, Levine y Sober entienden que la motivación central detrás del proyecto de Cohen es una defensa de la direccionalidad de la historia, generada endógenamente a través de la dinámica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Argumentan que si se los reconstruye apropiadamente, estos componentes centrales de la teoría todavía pueden ser defendidos. La historia todavía puede ser vista como impulsada por medio del desarrollo de las fuerzas productivas, y todavía puede considerarse que la dirección de este desarrollo es algo que va hacia un poder productivo cada vez mayor.

Abandonando la tesis de optimalidad

En el corazón de la reconstrucción del materialismo histórico por parte de Wright, Levine y Sober está el abandono de la tesis de

¹⁰ Carling, 1993: 51.



optimalidad. Ellos concuerdan —y de hecho se cuentan entre los primeros en argumentarlo—, en que no puede asumirse que exista algún mecanismo que pueda servir para seleccionar a las relaciones de producción óptimas para un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.¹¹ Pero si las fuerzas productivas carecen de esta capacidad: ¿en qué sentido tiene el marxismo una teoría de la historia? ¿Cuáles son los límites a la contingencia que ahora se introduce en la teoría? Wright, Levine y Sober argumentan que, mientras las transiciones hacia nuevos modos de producción se vuelven efectivamente menos predecibles, todavía hay apreciables límites a la posible variedad de resultados; no es que “cualquier cosa funciona”. En particular, sostienen que si bien ahora hay una mayor variedad de relaciones de producción como probables candidatas para la selección, también es cierto que el nuevo conjunto deberá ser uno que, como mínimo, preserve el nivel de desarrollo técnico existente. En la medida en que las nuevas relaciones de producción tengan más probabilidades de preservar el nivel existente de desarrollo que de permitir su regresión, el resultado agregado será que el desarrollo de las fuerzas productivas será “resistente a la declinación” [*sticky downwards*]. Esto no significa que nunca retrocederán; tales casos de regresión, sin embargo, serán históricamente raros, y será mucho más típico que las fuerzas productivas continúen avanzando o, al menos, permanezcan estacionarias.

En esta versión del materialismo histórico, la teoría de las formas sociales ocupa una posición mucho más prominente que en la versión enunciada por Cohen. En vez de haber un conjunto de relaciones de producción compatible con las fuerzas productivas durante un período de transición, ahora emerge un espectro de tales conjuntos. Cuál de todos realmente ocupará el lugar de sucesor dependerá de los detalles de la lucha entre clases sociales. Así, el peso explicativo, cuando tratamos de aprehender la secuencia real de las formaciones sociales, se ha desplazado lejos de la teoría de las transiciones en su forma clásica. La razón por la cual esta debería ser vista como una versión del materialismo histórico canónico, y por qué podría ser considerada interesante, tiene dos partes: primero, el abanico de relaciones de producción que constituye el “menú” de opciones en una coyuntura dada todavía es limitado; no es el caso de que, una vez que descartamos la tesis de optimalidad, “todo es posible en cualquier coyuntura”.¹² Segundo: los límites del espectro de candidatos entre los cuales será seleccionado un nuevo conjunto de relaciones de producción son tales que, cualesquiera relaciones de producción tomen su lugar, preservarán la relación “legaliforme” entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; la relación, por supuesto, según la cual las relaciones de producción deben ser compatibles con un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.¹³ Esto preserva lo que Wright, Levine y Sober asumen como la motivación central del materialismo histórico, la idea de que la historia tiene una *dirección* clara, desde menores a mayores niveles de productividad.

En la nueva versión del materialismo histórico, el impulso hacia un continuo desarrollo de las fuerzas productivas es apreciablemente más débil que en el materialismo histórico canónico de Cohen. Ahora resulta posible que haya largos lapsos de la historia en los cuales no hay un sostenido progreso tecnológico. Incluso en las transiciones hacia nuevos modos de producción, todo lo que se requiere es que el nuevo conjunto de relaciones de producción sea de un tipo que resuelva el problema de incompatibilidad que generó la crisis. A pesar de esta considerable amplitud, los autores argumentan que la teoría todavía retiene su compromiso con una direccionalidad en la historia, ya que se cumplen las siguientes condiciones:

- i. La probabilidad de permanecer estacionaria es mayor que la de retroceder.
- ii. Existe algún conjunto alternativo de relaciones de producción más favorable al desarrollo las fuerzas productivas.
- iii. La probabilidad de moverse hacia este nuevo conjunto de relaciones de producción es más grande que la de retroceder.¹⁴

Si estas condiciones se verifican, entonces, la historia tiene una dirección: desde fuerzas productivas poco productivas a otras más productivas. Y en la medida en que esto sea así, también existirá un determinado límite a la variedad de nuevos modos de producción posibles en cualquier nivel dado de las fuerzas productivas; por lo que el abandono de la tesis de primacía no implica que “cualquier cosa sirve”. Wright, Levine y Sober son asombrosamente breves en la discusión de su nueva teoría, como también en su comparación del nuevo producto con el más viejo. Por lo tanto, para apreciar la carga del nuevo y más débil materialismo histórico resulta de algún interés examinar sus implicaciones.

Desde el materialismo histórico débil al materialismo histórico minimalista

Para comenzar, debemos notar que ahora hay una ambigüedad acerca de qué afirmación que se postula exactamente con respecto a las fuerzas productivas. Una vez que abandonamos la tesis de optimalidad, emergen dos posibles “curvas” en la trayectoria del desarrollo histórico. *Materialismo histórico débil*: las relaciones de producción que ocurren en un tiempo dado lo hacen porque son favorables —aunque no necesariamente óptimas— al continuo desarrollo de las fuerzas productivas. *Materialismo histórico minimalista*: las relaciones de producción que ocurren en un tiempo dado lo hacen porque, mínimamente, mantienen el nivel existente del desarrollo de las fuerzas productivas, incluso cuando no las desarrollan de manera sistemática.

Por supuesto que el materialismo histórico débil es la más fuerte de las dos versiones, porque sostiene que existe un impulso hacia adelante en las fuerzas productivas y, al hacerlo, insiste en que estas ejercen una restricción significativa sobre el menú den-

¹¹ Ver Wright and Levine, 1980.

¹² Wright, Levine and Sober, 1993: 90.

¹³ Wright, Levine and Sober, 1993: 91.

¹⁴ Wright, Levine y Sober, 1993: 79.

tro del cual las nuevas relaciones de producción son seleccionadas. El materialismo histórico minimalista sostiene una afirmación mucho más débil; esto es, que la propiedad por la cual las fuerzas productivas seleccionan a las relaciones de producción es la habilidad de estas últimas de sostener el nivel de desarrollo de las primeras. Lo que las relaciones de producción hacen, entonces, es prevenir una *regresión* de las fuerzas productivas. Pero, precisamente a causa de sus ambiciones más débiles, este materialismo histórico minimalista corre el riesgo de ser de menor —o quizás muy escaso— interés. Qué tan interesante resulta es un tema sobre el que luego volveré. Me gustaría primero examinar si hay suficiente músculo en la teoría de Wright, Levine y Sober para defender al materialismo histórico débil por sobre el materialismo histórico minimalista.

Wright, Levine y Sober no ofrecen ninguna razón de peso para esperar que el materialismo histórico débil tenga más posibilidades de ser verdadero que el materialismo histórico minimalista. Considérense sus argumentos sobre las perspectivas de desarrollo de las fuerzas productivas. Las dos razones centrales aducidas sobre por qué deberíamos esperar una tendencia acumulativa hacia el desarrollo son las siguientes: primero, aunque no todos los agentes pueden tener un interés en incrementar la productividad, pocos agentes se beneficiarán de su constante *reducción*; segundo, aunque no haya un perdurable interés social en reducir la productividad, hay buenas razones para suponer que siempre habrá agentes con un interés en *incrementarla*. Incrementar la productividad permite la disminución del esfuerzo, y dado que todos los agentes tienen un interés en disminuir su propio esfuerzo, se puede esperar que adopten nuevas innovaciones dondequiera que las encuentren.¹⁵ La capacidad productiva de la sociedad será por lo tanto ciertamente resistente a la declinación [*sticky downwards*] y, dependiendo de la fuerza del segundo mecanismo, tendrá un sesgo hacia el desarrollo.

Pero es precisamente la fuerza del segundo mecanismo lo que debemos cuestionar. Es verdad que los agentes tienen *un* interés en reducir el esfuerzo y por lo tanto en incrementar la productividad. Pero el interés en reducir el esfuerzo también tiene que ser sopesado con otros intereses que los agentes pueden considerar no menos importantes. En primer lugar, está el tema de quién se beneficia de los *frutos* del esfuerzo. La presencia de una clase señorial efectivamente organizada, o de un portentoso estado monárquico, puede servir para usurpar una parte suficiente del nuevo producto como para neutralizar todo incentivo positivo para producirlo. Esto no atañe únicamente a los efectos de las extracciones sobre el bienestar material, sino también a la opresión añadida que surge de la incrementada presencia política y militar de los extractores.

Este tipo de presencia incrementada “rebalsaría” sobre otras dimensiones, como la libertad y la autonomía, las cuales, según

los propios supuestos del materialismo histórico, forman parte de las preferencias centrales de los agentes humanos —no menos que el deseo de reducir el esfuerzo. Incluso si ignoramos tales externalidades, podría haber, y a menudo es así, efectos más directos y odiosos de las nuevas innovaciones, como riesgos añadidos, que los productores podrían no estar dispuestos a asumir.

No sólo no hay razón para creer que los agentes, tras considerar sus efectos netos, adoptarán las nuevas innovaciones en sus propios regímenes de trabajo; hay buenas razones para creer que puede haber agentes con un activo interés en *prevenir* la adopción de tales tecnologías por parte de *otros*. Esto es muy obvio en el caso de las clases dominantes, que tienen un interés directo, por ejemplo, en prevenir la adopción de tecnologías que podrían incrementar la autonomía de los productores, o incrementar sus propios costos de monitoreo, etcétera. Wright, Levine y Sober abordan este asunto al nivel del agente, mientras hacen abstracción de todo lo relativo a las estructuras sociales en las cuales los agentes están situados. Es sin duda verdadero que los agentes estarán inclinados a adoptar innovaciones que reducen sus propios esfuerzos, ya que cualquier reducción semejante corresponde a sus intereses materiales. Sin embargo, en una sociedad de clases, la reducción del esfuerzo para un grupo puede muy bien incrementar el esfuerzo laboral de otros; y podría muy bien desestabilizar el proceso de extracción de excedente si resulta en un mayor poder para los productores inmediatos. Por ende, es totalmente posible que los gobernantes preferirán un orden social menos productivo, en la medida en que les prometa mayor estabilidad en su reproducción.

El resultado de todo esto es que, en ausencia de un ambiente apropiado, compuesto fundamentalmente por el tipo de relaciones de propiedad adecuadas, simplemente no hay razón para asumir que el impacto neto de nuevas innovaciones sobre los intereses de los agentes será tal que facilitará la *constante* aceptación de nuevas innovaciones. Nótese que lo que está en juego aquí no es la adopción de nuevas tecnologías por individuos particulares, sino, en cambio, la presencia de un mecanismo que permita su *difusión* a través de la sociedad en su conjunto. Es por esta razón que Brenner, y algunos de sus defensores, han insistido que en ausencia de una compulsión por innovar, los productores optarán por estrategias más conservadoras, enfocadas más en *proteger* niveles existentes de bienestar y contrarias a tomar los tipos de riesgos requeridos para incrementarlo. Si la trayectoria del desarrollo histórico depende de los efectos netos de los dos mecanismos aducidos por Wright, Levine y Sober, en particular de los efectos del segundo, hay, por lo tanto, escasas garantías para aceptar el materialismo histórico débil por sobre el materialismo histórico minimalista.

Pero si el materialismo histórico minimalista es la versión que la reconstrucción de Wright, Levine y Sober puede sostener, de ello se sigue que lo que nos queda no es una teoría que predice un continuo movimiento ascendente de las fuerzas productivas, sino una en el cual las fuerzas productivas son vistas simplemente como resistentes a la regresión: su nivel de desarrollo tiende a ser resistente a la disminución. Pero si este es el caso, la teoría debe admitir la posibilidad de largos períodos de estancamiento histórico:

¹⁵ Wright, Levine and Sober, 1993: 81. Nótese que esta afirmación está en el micro-nivel. Puede haber agentes que tengan un interés en prevenir reducciones en el esfuerzo-trabajo de *otros*, y por ende podrían tener un interés en la reducción del esfuerzo a escala social.



períodos de estado estacionario en la reproducción de las fuerzas productivas.¹⁶ Esto no necesita ocurrir sólo dentro de un modo de producción. Hay razones para esperar que, en transiciones hacia nuevos modos de producción, relaciones de producción no-desarrollistas se combinarán felizmente con las fuerzas productivas, siempre y cuando no fueren una regresión de estas últimas.¹⁷

Las implicaciones de un materialismo histórico minimalista

Ahora bien, hay dos conclusiones que pueden surgir de un desplazamiento hacia el materialismo histórico minimalista. Primero, puede admitirse que las afirmaciones más poderosas acerca de las restricciones impuestas por la teoría de las transiciones no pueden ser sostenidas, y que el menú de opciones en una coyuntura dada de la historia es bastante grande. En otras palabras, podría declararse simplemente la muerte del materialismo histórico canónico. Esto hace, por cierto, que la teoría sea más plausible, pero tiene implicaciones que caen como cascada sobre otras regiones del materialismo histórico. Considérese lo que significa para la ambición de explicar el desarrollo histórico como si fuese un artefacto de la relación “legaliforme” entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En la teoría de Cohen, parte del atractivo de sus afirmaciones procede del rol claramente identificable que las fuerzas productivas desempeñan en el desarrollo histórico. Si bien hay otros factores que impiden el crecimiento en la sociedad y que interactúan con los efectos de las fuerzas productivas, puede asumirse con confianza que estas son, por así decirlo, causalmente superiores; tendrán la capacidad de dominar y superar los efectos de otros mecanismos, de modo tal que el efecto neto redundará en el desarrollo. La teoría de Cohen, en este respecto, es un avatar directo de la tradición monista del materialismo histórico codificada por la Primera Internacional. Admitir la posibilidad de que puedan emerger relaciones de producción que sólo preservan el nivel existente de las fuerzas productivas —o que incluso podrían revertirlas de algún modo hasta concordar con los intereses de las nuevas clases dominantes— remueve el monismo a favor de una visión más pluralista de la causación en el desarrollo histórico. Mientras las fuerzas productivas (apenas) retienen su capacidad hacia un curso ascendente, la realización de esta capacidad es ahora contingente respecto de su interacción con otros mecanismos en la sociedad, y el resultado neto no precisa ser necesariamente a favor del crecimiento.¹⁸ Pero si esto es verdad, es difícil ver, entonces, por qué el derrotero real de la historia debería ser explicado por la “dialéctica” entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Este dúo ahora ejerce una restricción, pero es tan amplia como para hacer que su recompensa explicativa sea muy magra. El trabajo explicativo en cualquier análisis concreto de las

transiciones históricas ya no se fundará en la influencia causal de las necesidades funcionales de las fuerzas productivas, sino en el curso de los eventos tal como los impulsa la lucha de clases.

Una segunda reacción ante el posible desplazamiento hacia el materialismo histórico minimalista consiste en afirmar lo siguiente: mientras que, en efecto, es verdad que una crisis modal puede no disparar el surgimiento y consolidación de relaciones de producción nuevas y promotoras del crecimiento, esto no puede quedar como un estado de cosas indefinido. Tarde o temprano, una clase con los apropiados intereses también desarrollará la capacidad requerida. Incluso más: podemos presumir que con cada iteración del ciclo, esta probabilidad deberá acrecentarse, especialmente si el nivel de las fuerzas productivas es marginalmente mayor en cada ciclo.¹⁹ Por ende, mientras las fuerzas productivas por sí mismas pueden no generar relaciones de producción nuevas y más apropiadas, sirven al menos para poner a éstas últimas en la agenda. En consecuencia, las fuerzas productivas todavía serían factores explicativos relevantes en el caso de que nuevas relaciones de producción sean adoptadas, precisamente porque fue su desarrollo previo el que creó la posibilidad para el surgimiento de las nuevas relaciones de producción.

Este argumento es análogo a otro que Wright, Levine y Sober suscriben para el surgimiento del Estado de Bienestar. Tradicionalmente, los marxistas han argumentado que el Estado de Bienestar es el producto de la lucha de clases, en particular, del creciente poder organizativo de la clase trabajadora. Sus críticos de las corrientes dominantes han rechazado este argumento, señalando que otros factores —no de clase— han jugado un rol crucial, un dato injustificadamente ignorado por los marxistas. Wright, Levine y Sober señalan que hay dos dimensiones para el surgimiento del Estado de Bienestar, que necesitan ser distinguidas: el *hecho* de su surgimiento, y las variaciones en su forma, oportunidad [*timing*], etcétera. El hecho de que el Estado de Bienestar haya surgido sólo dentro del capitalismo y, más específicamente, el hecho de que surgiera cuando lo hizo en la amplia historia del capitalismo, es explicado por la lógica de clase y de lucha de clases. Pero la oportunidad [*timing*] real de la legislación de bienestar, y las variedades de tales Estados, puede no ser explicada directamente por medio de la lucha de clases, tal como los marxistas tradicionalmente intentaron argumentar. Fue el desarrollo de grandes movimientos de la clase trabajadora en los países industrializados lo que puso a este tipo de Estado en la agenda; pero una vez que estuvo en la cuenta, la oportunidad [*timing*] precisa de su adopción como así también el preciso diseño institucional involucrado pudieron ser explicados por otros factores, a los cuales frecuentemente aluden los análisis no marxistas: geopolítica, maniobras burocráticas, otros movimientos, etcétera.

Es en este sentido que las fuerzas productivas también operarían como una causa para el surgimiento de relaciones de producción nuevas y más propicias. En ambos casos, un conjunto de cau-

¹⁶ Wright, Levine y Sober 1993: 80.

¹⁷ Wright, Levine y Sober parecen reconocer esta posibilidad. Ver Wright, Levine y Sober, 1993: 37–9.

¹⁸ Ver la discusión sobre el modo de producción asiático en Wright, Levine y Sober, 1993: 52, n. 11.

¹⁹ Erik Wright me sugirió esto en los comentarios a un artículo que escribí hace algunos años.

sas —las fuerzas productivas en el caso de transiciones epocales, y los movimientos de clase trabajadora en el caso del Estado de Bienestar— pone nuevos desarrollos en la agenda, mientras que otro conjunto selecciona las formas particulares de entre los ítems de la agenda. Por ende, en ambos casos, el primer conjunto de causas retiene relevancia explicativa.

Quisiera sugerir que la analogía establecida es falsa. La fuerza del argumento de Wright, Levine y Sober depende aquí del significado asignado a “poner algo en la agenda”. En su interpretación, se asume que significa que el agente causal funciona como una *causa estructural* del resultado. En casos que involucran causación estructural, el factor causal (estructural) básico no es el disparador para el evento que está siendo generado; sin embargo, un incremento en el peso de la causa estructural sirve para incrementar la probabilidad del resultado predicho. Una vez que la magnitud de la causa estructural alcanza cierto umbral, incrementa radicalmente la posibilidad de que algún *disparador* haga que el resultado predicho ocurra.

La relevancia de los movimientos de clase trabajadora para la formación de los Estados Benefactores es un ejemplo exitoso de causación estructural. Nótese que, para que esto funcione, es necesario que esté presente algún mecanismo que vincule la causa estructural —el poder de la clase trabajadora— con el resultado. Y este vínculo es proporcionado por los *intereses de clase* de los trabajadores: dado que los trabajadores tienen un interés en la formación de un Estado que desmercantile la fuerza de trabajo, proteja a los trabajadores frente a las fluctuaciones de los mercados, socialice el trabajo doméstico, etc., un creciente índice de su poder asociativo vuelve más probable que tal poder sea realmente utilizado para alterar a los Estados existentes hacia la provisión de bienestar. La efectiva cadena de acontecimientos que lleva a la formación del Estado de Bienestar —mediante victorias electorales, reforma burocrática ilustrada, guerra civil, etc.— puede ser considerada como algo ajeno a la discusión. Son eventos relevantes para explicar no el *hecho* de que exista el Estado de Bienestar, sino su oportunidad [*timing*], su forma particular, y cosas por el estilo. Para obtener explicaciones de por qué el Estado de Bienestar surgió en primer lugar, todo lo que tenemos que conocer es el hecho del poder de la clase trabajadora, y el hecho de sus intereses en tales Estados.

Ahora bien; no es del todo claro que exista un mecanismo que conecte a las fuerzas productivas como causa estructural con algunos disparadores comúnmente aceptados, los cuales podrían generar transiciones que incorporan la relación “legaliforme” de las fuerzas productivas con las relaciones de producción. En otras palabras, no es posible demostrar que crecientes niveles de las fuerzas productivas son una causa estructural del surgimiento de nuevas relaciones de producción. Considérese nuevamente la estructura del argumento: mientras el nivel de las fuerzas productivas se incrementa gradualmente en el tiempo, las crisis en los modos de producción serán resueltas de tal manera que resulta más probable que se establezca un conjunto de relaciones de producción nuevo y más adecuado. En términos de estruc-

tura, esto es muy parecido al caso del poder de la clase obrera y el Estado de Bienestar: si el factor causal crece en magnitud, incrementa las posibilidades del tipo de desenlace predicho por la teoría. Pero hay una diferencia: mientras que hay un claro mecanismo en el caso examinado más arriba, que vincula la causa reconocida con sus efectos, es imposible discernir un vínculo correspondiente en el caso de las fuerzas productivas. En otras palabras, ¿por qué los incrementos en las fuerzas productivas harían más probable a un nuevo y adecuado conjunto de relaciones de producción?

Si fuésemos a arriesgar una simetría completa con el caso del Estado de Bienestar, el argumento tendría que presumir un *interés* de parte de los actores sociales en nuevas relaciones de producción, como así también un incremento en su *capacidad* para que esto ocurra. Dado este interés en nuevas relaciones de producción, un crecimiento en la capacidad de los actores sociales será usado para acelerar la emergencia de nuevas relaciones de producción. Pero ya he argumentado que, mientras es cierto que los agentes sociales tienen un interés en una productividad incrementada, *ceteris paribus*, éste puede ser —y típicamente lo es— sofocado por otros intereses, amenazados por las externalidades que acompañan a fuerzas productivas mejoradas. Por lo tanto, no hay ninguna razón para asumir que la situación de clase de todos los actores históricos incluirá un interés en este tipo de desarrollo. Más aún, incluso si existe tal interés, no hay razón para creer que fuerzas productivas más poderosas aumentarán la capacidad de los actores relevantes en la dirección necesaria. Es verdad que una mejor productividad incrementará el excedente social y por ende generará mayores recursos. Pero la *distribución* de estos recursos no puede darse por hecha. Puede que fácilmente fluya hacia actores sociales con un fuerte interés en la reproducción del orden existente. Por lo tanto, un incremento en el nivel técnico de las fuerzas productivas no tendrá un efecto determinado sobre la probabilidad de que nuevas relaciones de producción reemplacen a las que están afectadas por la crisis. Es difícil ver cómo esto podría ser prejuzgado. Si las divergencias entre este caso y el caso del Estado de Bienestar son como se las ha explicado, entonces la opción de considerar a las fuerzas productivas como una causa estructural detrás de nuevas relaciones de producción no está disponible para Wright, Levine y Sober. Y si no puede contar como una causa estructural, es engañoso decir que pone nuevas relaciones de producción “en la agenda” en el sentido en que el poder de la clase obrera puso al Estado de Bienestar “en la agenda”.

El materialismo histórico minimalista es una teoría de la lucha de clases

Vamos a hacer un inventario. He argumentado que, si Wright, Levine y Sober rechazan la tesis de optimalidad, como deben hacerlo si pretenden salvar al materialismo histórico, quedan entonces dos interpretaciones del materialismo histórico disponibles para ellos: el materialismo histórico débil, que afirma que la progresión de las relaciones de producción en la historia es tal



que facilita el mayor desarrollo de las fuerzas productivas, aunque no en un nivel óptimo; y el materialismo histórico minimalista, que se reduce simplemente a la aserción de que la progresión de relaciones de producción es tal que las fuerzas productivas simplemente no retroceden. En su exposición de la nueva versión del materialismo histórico, Wright, Levine y Sober insinúan que es la segunda de las dos versiones débiles de la teoría canónica la que mejor podría sostenerse. El peso de mi argumento ha sido que, en efecto, esta es la versión que ellos deben aceptar. Sobre la base de sus propios supuestos, es difícil sostener una tesis que argumente a favor del continuo desarrollo de las fuerzas productivas a lo largo de la historia. No hay mecanismo disponible que pudiera servir para seleccionar consistentemente relaciones de producción que aumentan el crecimiento, incluso si estas últimas no necesitan ser óptimas. Más aún, los agentes pueden, de hecho, tener entre sus intereses el sacrificar relaciones de producción promotoras del crecimiento y adoptar unas que estén sesgadas hacia otros intereses, como la estabilidad o el poder político. Lo que queda, entonces, es una teoría que argumenta que aquello que está gobernado por leyes en el curso observado de la historia es meramente que las relaciones de producción a lo largo de las épocas serán tales que prevengan una regresión en el nivel de las fuerzas productivas.

Las implicaciones de todo esto tienen largo alcance. El materialismo histórico minimalista es ciertamente plausible como una teoría del desarrollo histórico. Pero su fuerza explicativa está considerablemente debilitada para entender la secuencia real de las formas sociales observadas en la historia. Esta secuencia ya no puede ser explicada por las necesidades funcionales de las fuerzas productivas. Recuérdese que, a medida que el conjunto de relaciones de producción permisibles se amplía de modo tal que el número de candidatos se incrementa, los requerimientos funcionales de las fuerzas productivas retroceden como mecanismo de selección de las nuevas relaciones de producción. Si las relaciones de producción tipo "B" son las que siguen a las relaciones de producción tipo "A", ello no se debe necesariamente a su adecuación a las necesidades de las fuerzas productivas, ya que también habrá relaciones de producción de tipo "C", "D", "E", etc. que se ajusten a los requisitos de preservar el nivel existente desarrollo productivo. El hecho de que haya sido "B" la que siguió a "A", y no uno de los otros conjuntos, tendrá que ser explicado recurriendo a otros factores; más probablemente, a la lucha de clases. Como lo sugerí anteriormente, mientras los potenciales candidatos a nuevas relaciones de producción crecen en cantidad, la contribución explicativa de las fuerzas productivas decrece.

Pero esto significa que cuanto más se relajan las demandas del materialismo histórico canónico, tal como lo hacen Wright, Levine y Sober, tanto más se ve la teoría obligada a conceder mayor peso al rol de la lucha de clases para el explicar el curso real del desarrollo histórico. En otras palabras, conforme la teoría es debilitada, vira en dirección a convertirse en una teoría de la historia basada en la lucha de clases. *El costo de hacer más plausible a la teoría es que empieza a lucir más y más como una teoría de la historia de la lucha de clases.*

Nótese que esto no significa que las fuerzas productivas ahora se vuelven irrelevantes para la teoría. Lo que sucede es que cambia la naturaleza de su rol. En la versión más fuerte de la teoría, tal como la desarrolla Cohen a través de la tesis de optimalidad, las fuerzas productivas seleccionan a las relaciones de producción particulares que reemplazan a aquellas que han entrado en crisis. Pero a media que la teoría es debilitada, no puede asumirse que las fuerzas productivas gocen de este tipo de poder. Por así decirlo, deben quedarse con una sola de entre una lista de relaciones de producción, todas las cuales tienen en común la propiedad necesaria, la cual, en el materialismo histórico minimalista, consiste en prevenir una regresión hacia niveles más bajos de productividad. Lo que las fuerzas productivas hacen ahora no es seleccionar a un conjunto particular de relaciones de producción, sino, en cambio, seleccionar en contra de aquellas que inducirían una regresión en el nivel de las fuerzas productivas. El rol selectivo de las fuerzas productivas se desplazó desde seleccionar un conjunto *particular* de relaciones de producción a seleccionar *contra* una *clase* de relaciones de producción. Las fuerzas productivas ahora fijan el (bastante amplio) límite sobre el rango de potenciales relaciones de producción que reemplazarán a las decrepitas relaciones existentes, mientras que la selección dentro del rango permisible de relaciones de producción será decidida por la lucha de clases.

Así, *por su propia lógica*, la búsqueda de un materialismo histórico defendible ha llevado a una reversión del equilibrio entre la teoría de las transiciones y la teoría de las formas sociales. De algún modo, perversamente, la ambición de defender al materialismo histórico canónico ha debilitado tanto sus afirmaciones que su teoría rival ha emergido como una opción más natural y robusta. Por lo tanto, el *dictum* de Marx respecto a que "la historia de todas las sociedades existentes hasta el presente es la historia de la lucha de clases", se presenta como la versión más defendible del materialismo histórico.

[Traducción de Fernando Lizárraga de Historical Materialism 1º 19.2, Londres, 2011, pp.60-91/.

[Edición y revisión técnica de Ariel Petruccielli y Fernando Lizárraga]

Referencias y bibliografía

- Aston, Trevor Henry y C.H.E. Philpin (eds.) (1985), **The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe**, Cambridge, Cambridge University Press.
- Brenner, Robert (1986), "The Social Basis of Economic Development", en **Analytical Marxism**, editado por John Roemer, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1989), "Marx and the Bourgeois Revolution", en **The First Modern Society: Essays in English History in Honour of Lawrence Stone**, editado por A.L. Beier, David Cannadine y James M. Rosenheim, Cambridge, Cambridge University Press.

- Callinicos, Alex (2004), "Preface", en **Making History: Agency, Structure, and Change in Social Theory**, Second Edition, Historical Materialism Book Series, Leiden, Brill. Carling, Alan H. (1991), **Social Division**, London, Verso.
- (1993), "Analytical Marxism and Historical Materialism – The Debate on Social Evolution", **Science and Society**, 57, 1: 31–65.
- (2006), "Karl Marx's Theory of History and the Recovery of the Marxian Tradition", **Science and Society**, 70, 2: 275–97.
- (2009), "Problems of the Deep: Intention and History", **Science and Society**, 73, 1: 97–109.
- Cohen, Gerald Allan (1978), **Karl Marx's Theory of History: A Defense**, Princeton, Princeton University Press.
- (1988), **History, Labour and Freedom: Themes from Marx**, Oxford, Oxford University Press.
- (2002), **Karl Marx's Theory of History: A Defense**, Second Edition, Princeton, Princeton University Press.
- Gellner, Ernest (1988), **Plough, Sword, and Book: the Structure of Human History**, Chicago, University of Chicago Press.
- Hilton, Rodney (ed.) (1976), **The Transition from Feudalism to Capitalism**, London, Verso.
- Katz, Claudio J. (1989), **From Feudalism to Capitalism: Marxian Theories of Class Struggle and Social Change**, Westport, Greenwood Press.
- Mann, Michael (1986), **The Sources of Social Power: Volume 1, A History of Power from the Beginning to AD 1760**, Cambridge, Cambridge University Press.
- Martin, John E. (1983), **Feudalism to Capitalism: Peasant and Landlord in English Agrarian Development**, Atlantic Highlands, Humanities Press.
- Rigby, Stephen H. (1987), **Marxism and History: a Critical Introduction**, Manchester, Manchester University Press.
- Wright, Erik Olin (1983), 'Giddens' Critique of Marxism', **New Left Review**, 1, 138: 11–35.
- (2005), "Foundations for a Neo-Marxist Class Analysis", en **Approaches to Class Analysis**, editado por Erik Olin Wright, Cambridge, Cambridge University Press.
- Wright, Erik Olin y Andrew Levine (1980), 'Rationality and Class Struggle', **New Left Review**, 1, 123: 47–68.
- Wright, Erik Olin, Andrew Levine y Elliott Sober (1993), **Reconstructing Marxism: Essays on Explanation and the Theory of History**, London, Verso.

Resumen

Durante los años 1980 y 1990, el debate sobre la Teoría Marxista de la Historia se focalizó, en gran medida, en el trabajo de Robert Brenner y su interpretación centrada en las relaciones de propiedad, y en el intento de G.A. Cohen de revivir la concepción determinista clásica. En este artículo examino dos argumentos influyentes, de Erik Wright y sus colegas, y de Alan Carling, que reconocen importantes debilidades en el trabajo de Cohen pero que también tratan de construir una versión más plausible de su teoría. Muestro que, en gran parte, los intentos de rescatar a Cohen no son exitosos. Y, en la medida en que tornan plausible al argumento, lo hacen al precio de convertirlo, les guste o no, en una forma de teoría de la lucha de clases. Concluyo en que esto marca el caso de la versión clásica del materialismo histórico, pero también observo que no nos deja con una comprensión voluntarista de la historia, como temen algunos de sus defensores.

Palabras clave: Clase, lucha de clases, explotación, modo de producción, tesis de optimalidad, relaciones de producción, fuerzas productivas, formas sociales.

Abstract

During 1980 and 1990, the debate on Marxist Theory of History focused largely on Robert Brenner's work and his interpretation of property relations, and in Cohen's attempt to revive the classical deterministic conception. In this article I examine two influential arguments, of Erik Wright and colleagues, and Alan Carling's, that recognize significant weaknesses in Cohen's work but also try to build a more plausible version of his theory. I show that, in large part, the attempts to rescue Cohen are unsuccessful. And, if they make plausible the argument, they do so at the price —they like it or not— of converting it in a form of theory of class struggle. I conclude that this marks the decline of the classic version of historical materialism, but I also note that does not leave us with a voluntarist understanding of history, as some of its supporters fear.

Key Words: Class, class struggle, exploitation, production mode, optimality theory, relations of production, productive forces, social forms.